

1

*Banco Nacional
de México
Cable: "Nacional"*

México, Enero 15 de 1916.

Sr. Gral. D.

Alvaro Obregón.

QUERETARO.

Muy distinguido señor General:

Por medio de la presente me permito saludar a Ud. con todo el afecto y respeto que se merece y expresarle, a la vez, sinceramente mis mejores deseos por su bienestar particular y el de su estimada familia, y por que los azares de la guerra no produzcan en lo futuro daño alguno en su estimable persona.

Es mi objeto, después de saludarle con la debida consideración, aprovechar esta carta para tratar con Ud. de un asunto de carácter e interés universal, y, por tanto, le suplico muy encarecidamente tenga la bondad de consagrar una poca de su atención a las siguientes líneas:

Como un principio de orden y orientación en el asunto que me ocupa, debo manifestar a Ud. que soy empleado de la oficina central del Banco Nacional de México y que circunstancias de compañerismo me han hecho trabar íntima amistad con el Sr. D. Santa Ana Almada, hijo, quien desempeña en la propia Institución el cargo de Gerente de su Agencia en Tantoyuca, Veracruz. Es el caso que por el curso de nuestras conversaciones en materia social, llegamos a advertir desde hace tiempo cierta identidad en nuestro modo de pensar y hemos acabado por descubrir francamente nuestro espíritu liberal, cuya principal tendencia es el mejoramiento de la colectividad humana, que tanta sangre ha derramado en todas las tormentas sociales que ha sufrido en el fondo tenebroso de los tieg

pos.

Razones y circunstancias de gran peso, indescriptibles en una carta, me han hecho pensar hondamente sobre la triste situación que ha guardado la sociedad humana en el curso imperturbable de los siglos, y al darme cuenta exacta por las páginas de la historia y de la filosofía, por mi amarga experiencia y por mi espíritu de observación, de las causas funestas que han mantenido a la humanidad en tan lamentable estado de desdicha, un secreto clamor partió del fondo de mi pecho, un estremecimiento de horror y espanto conmovió todo mi organismo, e impulsado por una fuerza incontenible que amenazaba desmoronar mi cabeza y consumir las fibras más sensibles de mi ser, pensé en escribir para dar libre paso a la corriente abrumadora de mis ideas, que no podrían haber permanecido por más tiempo congestionadas ni ocultas en mi cerebro sin llevarme a la locura o conducirme a la muerte. No, era imposible, absolutamente imposible que mi ánimo permaneciera con la tranquilidad del estoico y una indiferencia cruel ante el cuadro horriblemente desolador que la humanidad me ha presentado a través de las sangrientas páginas de la historia. Soy miembro de ella y me duelen sus dolores, me humedecen sus lágrimas y bebo con ella el cáliz de sus amarguras; y sintiendo sobre mí toda la fuerza de sus sufrimientos, escribo, porque siento la necesidad de hacerlo, y estoy dispuesto a llegar al sacrificio, afrontando, como lo hago, la magna, la inmensa labor que significa preparar una obra que tienda a transformar la sociedad humana, haciéndole ver la luz de la verdad, universal y esplendorosa, como la única guía hacia su dicha, hacia el templo de la naturaleza.

Más de dos años de ímprobo trabajo llevo sobre la ejecución de mi obra, a pesar de que cuento con un tiempo demasiado mezquino

para ello, ya que estando al servicio de intereses ajenos, me veo imposibilitado de consagrarme ampliamente a mi labor humanitaria. El carácter grave y universal de ese trabajo me impone un caudal de intensos esfuerzos y de profundas y claras reflexiones en el curso de algunos años, a fin de que, expuestas esas consideraciones bajo un método lleno de serenidad y buen juicio, produzcan en todos los corazones los efectos que son de desearse. Más tarde, todos los pueblos de la tierra levantarán por sí mismos el denso y oscuro velo del error que las religiones, apoyadas por tiranos y señores, han procurado mantener estable para que esos mismos pueblos ignoren la verdad y vivan arrastrando siempre las cadenas de la esclavitud que ellas, con sus falsos dogmas y principios de moral, les han impuesto.

En vista de la magnitud de la obra que estoy preparando y de que es muy lento su avance dentro de las condiciones en que me hallo colocado, pensé y creí oportuno dirigirme al Gobierno Constitucionalista, para obtener de él una amplia y eficaz protección a mis trabajos, protección que he abrigado la esperanza de obtener, fundado en los sublimes ideales reformistas que trae inscritos en su bandera. Es de advertir que la revolución de México, hoy triunfante, será más grande, más gloriosa y más trascendental de lo que la mayoría se imagina, porque ella constituirá el crisol en que fundiéndose las supremas aspiraciones del pueblo mexicano, surgirán más tarde los ideales redentores de la humanidad, hoy tiranizada infamemente por el elemento reaccionario del mundo.

A efecto de lograr mi propósito, juzgué conveniente desde hace tiempo conferenciar con el ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación,

Señor Don Venustiano Carranza; pero mediando la circunstancia muy halagadora de estar yo ligado por una franca amistad con el Sr. D. Santa Ana Almada, hijo, y conocer por boca del mismo señor el parentesco familiar que con Ud. le une, convinimos ambos, al hablar sobre el asunto, en tratarlo primeramente con Ud. a su llegada a esta Capital, para que Ud. bondadosamente me prestara su valiosa influencia cerca del Primer Jefe y produjera mejores efectos el propósito que persigo.

El Sr. Almada y yo siempre hemos hecho grandes elogios del espíritu ampliamente liberal que en Ud. anida y que más de una vez ha demostrado en los campos de la lucha. Hemos admirado su actitud viril, abriéndose paso entre el odio insensato de los enemigos de la verdad y del bien general y despreciando sus pérfidos aplausos y sus traidoras alabanzas. Por lo mismo que en Ud. concurren dotes de tanto valor y patriotismo, consideramos muy acertado conferenciar primeramente con Ud. acerca de la materia origen de esta carta, en la seguridad de obtener el feliz resultado que busco. Pero como los días transcurren y no sé si circunstancias especiales motiven la dilación del viaje de Ud. a esta ciudad o la estancia de Ud. sea tan corta que impida toda diligencia en el asunto, creí prudente dirigir a Ud. las presentes líneas a efecto de ganar un tiempo precioso poniéndome en pronta comunicación con Ud.

Para que Ud. se sirva formarse una idea más o menos precisa del carácter de mi obra, que se lanzará a la publicidad en la forma de un periódico intitulado "La Verdad," tengo el gusto de enviarle adjuntos dos escritos a máquina, que contienen el Preámbulo y Programa de mis publicaciones, cuyo contenido le estimaré se digne leer con toda atención.

El Sr. Almada se encuentra actualmente en Orizaba, pero tiene el propósito de venir a esta Capital tan luego sepa que Ud. se encamina a este mismo lugar, pues desea presentarme ante Ud. y hacerle referencia de mi persona; ojalá y no haya obstáculo para que así sea, pues me satisfará mucho la presencia de tan querido amigo mío.

Expuesto debidamente el objeto de la presente carta, no me resta más que suplicar a Ud. tenga la bondad de perdonar mi molestia, que si bien puede reputarse como tal, ella es hija del buen deseo que me anima en bien de mis semejantes.

Esta oportunidad me proporciona la satisfacción de ofrecerme a sus respetables órdenes, reiterando mis votos por el bienestar de Ud. y de su estimada familia, como su atento servidor que le distingue con todo afecto.

Daniel Ramirez Balcaras